



MADRID Y EL PASILLO VERDE

por Fernando Parra*

Cuando los hispanoárabes fundaron sobre la terraza superior del río Manzanares un villorrio fortificado, al que llamaron Magerit, no sabían que los densos bosques de encina que rodeaban la plaza como el ladrillo y el pedernal de la muralla, lo hacían de forma aún más inmediata, y que las próximas montañas que se recortaban al Norte, iban a seguir cumpliendo su papel un milenio largo después.

Aún en 1600, Fernández Oviedo se deshacía en elogios sobre la calidad de los recursos y del medio natural en el ámbito inmediato madrileño: «Madrid región templada e de buenos ayres e limpios cielos; las aguas muy buenas, el pan, el vino muy singulares, de su propia cosecha, e en especial lo tinto muy famoso, e otros vinos blancos e tintos muy buenos; e mucha e muy buenas carnes de todas suertes, e mucha salvagina, e caza, e montería de puercos, e ciervos, e gamos, e corzos, e mucho e muy buenos conejos, e liebres, e perdices, e diferentes aves; e toros los mas bravos de España, de la ribera del río Xarama, dos leguas de Madrid» (Fernández de Oviedo, S XVI)

Y cuando en los años sesenta se inicia el vertiginoso crecimiento de la ciudad, que conduciría a una conurbación surtida de las anexiones a la capital de los pueblos más próximos, y que se conoce como área metropolitana, aún esos encinares y esas montañas siguen paliando la dureza urbana.

Madrid jamás ha sido serrana: La Tierra de Madrid que nunca llegó a extenderse más allá del Pozuelo, que hoy se pretende edificar, era básicamente encinares. El pueblo de Madrid se dividió entre las olmedas y fresnas del río Manzanares y sus arroyos, y los duros encinares de los llanos (v. Fig. 1). Pero los rebollares de *Q. pyrenaica*, y los pinares de *P. sylvestris* fueron colonizados en esta vertiente Sur por gente segoviana. El contencioso entre Madrid y Segovia por la Sierra de Guadarrama, y la realeza ya instalada en Madrid, probablemente por la atractiva presencia de zonas cinegéticas, como El Pardo y la Casa de Campo, y su salubridad, así como el Marquesado de Santillana, las posesiones reales, los pasos serranos controlados por la Mesta o la casa real, etc., condicionaron la colonización de la vertiente meridional del Guadarrama. A menudo poblaciones prósperamente instaladas fueron obligadas a abandonar la colonia, pero la persistencia de los segovianos volvía a hacerlos regresar.

El Monte de El Pardo y su origen no parte de ninguna acotación especial, sino de la naturaleza de propiedad real que pesaba sobre todos los baldíos que no estaban expresamente adscritos a alguna propiedad. Fernando VI manda acotar el coto

(*) Profesor adjunto del Departamento de Ecología de la Universidad Autónoma de Madrid.

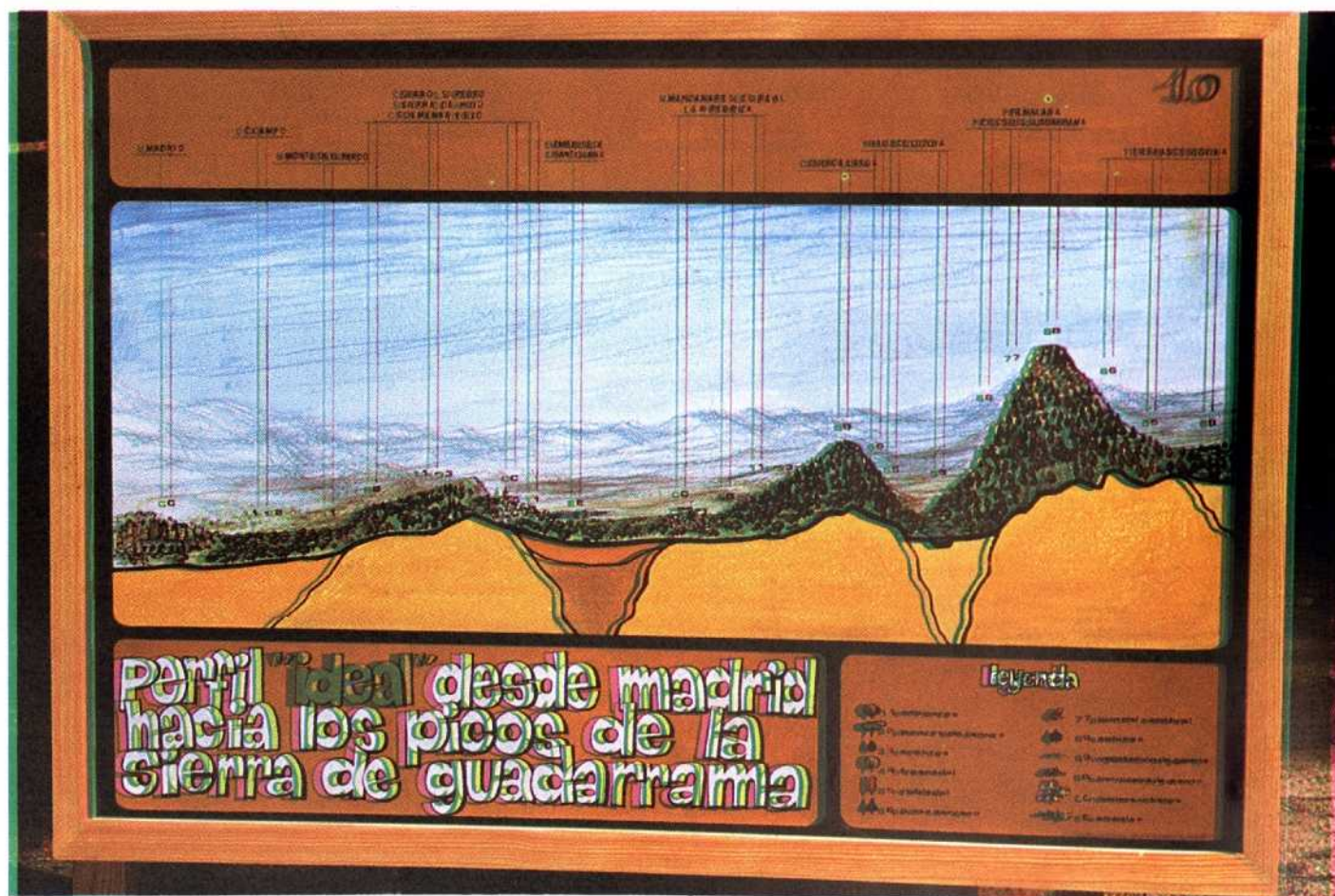
La cuenca del Manzanares con La Casa de Campo, El Pardo y la Sierra de Guadarrama. "El pasillo verde"



Muy degradada el valor
natural de la Casa de Campo desde
su proximidad a la aglomeración madrileña.
Hay, sin duda, continuas mejoras, pero están
los lejos de Madrid y tienen menos
importancia ecológica. (Frutas volcánicas)

¿Suburbanización?

El pasillo verde según idea y diseño de F. Parra, dibujado por M. J. Cagiga.





Madrid y el pasillo verde

por un muro de piedra en 1752. La Casa de Campo sigue siendo propiedad real hasta que en 1931 el gobierno de la II República la dona al pueblo de Madrid. En la sierra las mejores zonas, como las dehesas de fresnos de Santillana, los pastizales de El Escorial (La Herrería), y el pinar de Balsain, son propiedad real o de la nobleza.

Heredera de esta historia tan brevemente esbozada, nos encontramos hoy con un Madrid excelentemente dotado de zonas verdes próximas. En primer lugar, separado de la ciudad por el Manzanares, la Casa de Campo, con sus 1.500 Has. En comunicación con ésta y ya al Norte inmediato, el encinar del Monte de El Pardo, con casi 16.000 Has. Luego las laderas de la Sierra de Hoyo, ya en terrenos graníticos, con excelentes zonas salvajes que son el verdadero reservorio faunístico de un Pardo excesivamente poblado de gamos y ciervos; es el Pardo granítico o privado, si El Pardo es el encinar adhesado y amable poblado de reses y herbívoros, y sobre arena. La Sierra de Hoyo es la mancha de enebro y encina apretado, fragosa y poblada de águilas, buitres, nutrias y predadores diversos. Entre la Sierra de Hoyo y La Pedriza se extiende una zona llana, donde discurre el Manzanares, y hoy se sitúa el embalse de Santillana, con excelentes pastos y dehesas de fresnos. A continuación las laderas de la Sierra de Guadarrama se extienden hasta las cumbres de la Cuerda Larga, primera verdadera alineación de la Sierra de Guadarrama, de la que la de Hoyo era un escalón previo, y deja entre aquélla y las de Peñalara un estrecho valle transversal, el único de la Sierra: el valle de Lozoya. Desde los 600 m. de la ciudad hasta los 2.500 m. de Peñalara, se extienden casi 2.000 m. de bosques, pastos y áreas naturales en que el río Manzanares es el hilo conductor. Si Madrid al Norte cobra un aspecto casi serrano, enardecida por la unión de las cumbres serranas. Al Sur es tierra de esparto o atocha manchega.

Camilo José Cela decía con humor, no exento de malicia, que Madrid era una mezcla de Navarcarnero y Kansas City. Un poblachón manchego en que los neones de comercios y espectáculos le modernizaban la cara. En realidad Madrid se sitúa en la frontera de dos mundos: el serrano y el manchego.

El Pasillo Verde: Casa de Campo, Monte de El Pardo, Sierra de Hoyo, Alto Manzanares, La Pedriza, Cuerda Larga, Valle de Lozoya y Peñalara, debe preservarse porque en su totalidad forma un «hinterland» constituido por un gradiente de ecosistemas, que van desde los alpinizados hasta los seudostepparios de la cubierta del Tajo, pasando por pinares, robledales, encinares, fresnedas, etc. Canaliza además los vientos limpiadores de la Sierra, que dispersan humos y contaminantes, a pesar de la eficacia disgregadora de las moles de Generalísimo y Plaza de Castilla. Las purísimas aguas del Manzanares pobladas de salmónidos, a los que predan las nutrias, baña ahora sucio, manso y encauzado los pilones del puente de Segovia; su llegada al Tajo contribuirá aún más a la degradación de éste.



El encinar de la Casa de Campo totalmente desprovisto de pasto por compactación de las arenas, debido al paso de vehículos.



Los ríos de la cuenca del Manzanares de lecho siempre arenoso, en sus tramos medios y bajos.



Tapsia, al Sur de Madrid. Una planta nuderol y nitrófila.



Ciervos sesteando en el Monte de El Pardo.



El encinar de El Pardo, al fondo las cumbres de la Sierra de Guadarrama.



Densidad del matorral de las laderas meridionales de la Sierra de Hoyo.



Enebral en la Sierra de Hoyo.



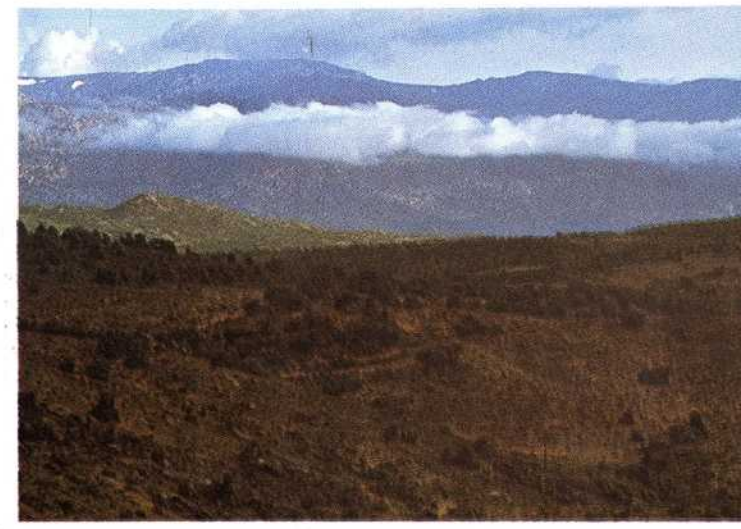
El encinar de El Pardo, al fondo las cumbres de la Sierra de Guadarrama.



La parte septentrional del Monte de El Pardo con el cerro de Marmota.



Encinar con arces y alcornoques en la Sierra de Hoyo.



Alineación de la Sierra de Hoyo, detrás Cuerda Larga.



Colmenar Viejo, situado en el escalón previo a la Sierra de Guadarrama.



Densidad del matorral de las laderas meridionales de la Sierra de Hoyo.



El tramo alto del arroyo Manina, afluente del Manzanares.



Sierra de La Cabrera, delante de la del Guadarrama. En primer plano, bosque mixto de encina, quejigo y alcornoque.



La Pedriza.



La Pedriza.

La fauna discurre sin fronteras desde la Carpetana hasta las mismas puertas de Madrid.

Debemos preservar a toda costa este pasillo verde, porque es el cordón umbilical que une la monstruosa y deshumanizada ciudad con la naturaleza. Si sigue siendo cierto el triunfalista aforismo «de Madrid al cielo», esa unión no es una línea vertical más que en el mapa que la une con la Sierra. Que así sea (y siga siendo) por muchos años.

DESCRIPCION DEL PASILLO VERDE

Este pasillo abarca un gradiente altitudinal de casi 2.000 metros, y constituye un conjunto de ecosistemas interdependientes, y que forman un muestrario casi completo de las comunidades potenciales del centro peninsular.

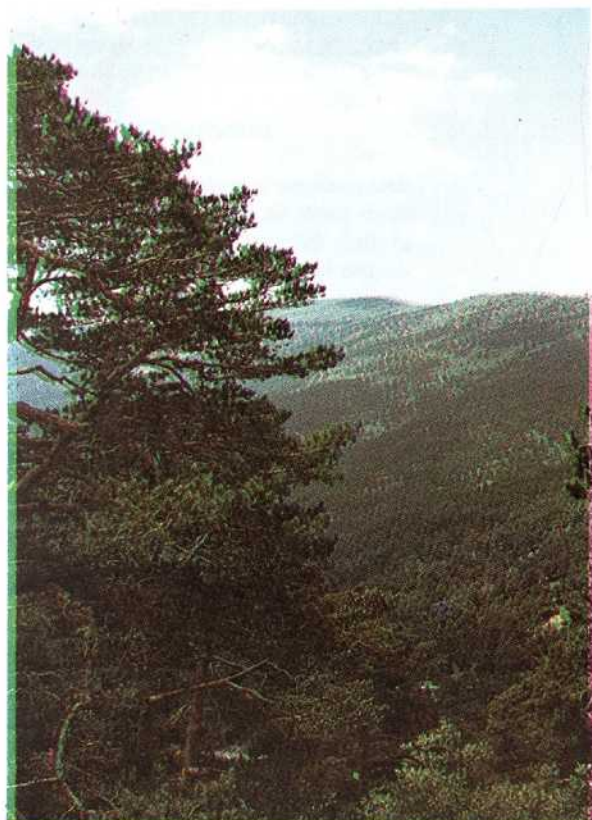
Hacia los 2.400 metros, en las exposiciones menos protegidas y más desecadas por el viento, la vegetación potencial es un pedregal colonizado por líquenes y cubierto de nieve 6 meses al año, o si existe un mínimo suelo, un pastizal alpinizado de *Festuca indigesta*. En las zonas más húmedas, donde se acumula la nieve, es decir, con cierta humedad edificia, aparecen los cervunales de *Nardus stricta*, una gramínea de enorme importancia por constituir, tras el deshielo, los pastos de verano, a los que acudirán los ganados trashumantes, y a los que recurren especies silvestres como el corzo, o, en su caso, la montés.

Por debajo de esta zona, y hasta los 2.000 metros, aparece un matorral almohadillado de enebro enano y piorno; en su límite inferior aparecen algunos pinos albares, normalmente malformados por la acción de la ventisca. Hasta los 1.700 metros y más abajo, merced a la acción silvícola del hombre, surge el bello pinar de Pino de Balsafrn. Bajo él, normalmente muy mermado, y hasta los 1.400 metros se encuentra el robledal de tozo o melojo. Estos pisos forman la serie altitudinal de la Sierra de Guadarrama en sentido estricto. Por debajo del melojar se sitúa un encinar con enebros que es el que coloniza el piso colino basal y los escalones previos de la Sierra de Hoyo y Cerro de S. Pedro, a veces salpicado de alcornoques y arces. Transponiendo la falla y ya en terrenos de las arenas de Madrid continúa el encinar, en el que progresivamente desaparece el enebro, y surgen en vaguadas y umbrías el quejigo y el arce nuevamente. En los suelos más profundos también el alcornoque; el matorral acompañante es la jara pringosa y también el romero, el olivillo, el torvisco, madreSelva, esparragueras, etc. La degradación del encinar conduce a un matorral de jara casi puro. En los suelos más finos y profundos y de poca pendiente el encinar se ahueca y forma dehesas; en último extremo al desaparecer la encina queda la retama como testimonio.

Finalmente, al Sur de la ciudad, los yesos y terrenos básicos dan pseudoestepas originadas por la deforestación con esparto o atocha, y tomillo, y a veces un pequeño matorral parecido a la encina: la coscoja.



Abedular del Puerto de Canencia.



Pinar de pino silvestre en la Sierra de Guadarrama.



El Valle de Lozoya.



El Valle de Lozoya.

Las riberas, si están conservadas, las forman fresnos, como en las vaguadas de suelos profundos, y con la capa freática superficial, y olmos, chopos, álamos, alisos y sauces.

Al Sur aparece el Taray o Taraje.

La fauna que se intercala en estas biocenosis vegetales forma enclaves característicos, como el lirón careto en cumbres y encinares; o la ardilla, la marta y el azor, en pinares silvestres, pero normalmente utiliza todo el territorio como un conti-

nuo. Esto es especialmente cierto para las aves y grandes mamíferos. Por ejemplo, las grandes rapaces y carroñeras como el buitre leonado y el negro, y el águila real, anidan en la sierra y se alimentan en las dehesas 1.500 metros más abajo. A la fauna propiamente alpina o de montaña, se le añade una fauna «refundida», cuya presencia en la montaña busca el desarrollo tranquilo y sin interferencias. Sin embargo, la proliferación de gente en las cumbres, tanto en invierno (ski) como en verano (excursiones, escaladas), ha provocado situaciones inversas y especies como el buitre leonado típico nidificante de los riscos de altura, anida en árboles a más baja cota.

Finalmente los embalses constituyen enclaves de carácter europeo, por la presencia de miles de anátidas invernantes como fochas y garzas.

Los cursos de agua incluyen nutria y visón como predadores principales. Las reses de herbívoros transitan de arriba a abajo y en su busca los predadores. El conjunto es de una diversidad inédita en el resto de Europa, ya que incluye desde habitats alpinos hasta las esclerófilas mediterráneas, pasando por bosques boreales de pinos y caducifolias.

La complementariedad de todo el conjunto se ejemplifica si observamos que el Monte de El Pardo básicamente adehesado y fácil de cazar, estaba reservado a la realeza, y abundan en él las especies venatorias como el gamo, el ciervo y el jabalí, en tanto que al otro lado de la valla y la falla, ya sobre granitos, el monte cerrado y fragoso oculta los depredadores de aquéllos, como el lince, la nutria, la garduña, el tejón, el águila real, el buitre negro o el águila calzada, que cazan más abajo.

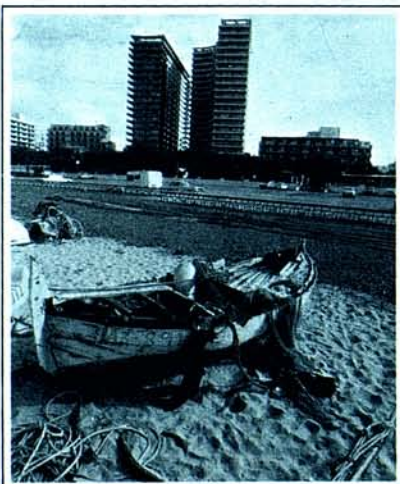
colección “Nuevo Urbanismo”

Ultimas publicaciones aparecidas



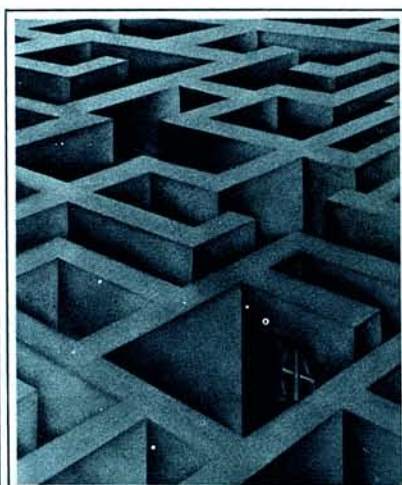
uevo urbanismo **32**

Jean-Luc Michaud **ORDENACION DE LAS ZONAS LITORALES**



uevo urbanismo **31**

Claude Chaline **LA DINAMICA URBANA**



Pedidos a su librería o al
INSTITUTO DE ESTUDIOS
DE ADMINISTRACION LOCAL

Joaquín García Morato, 7
MADRID-10